

## LOS VALLES DE SANTA CATALINA

**P**ara salir del gran oasis de Haría hacia los Valles de Santa Catalina hay que trepar la pendiente de Mal Paso que, como una enorme «ese», sube y baja refajando a montaña Ganada, por las Peñas del Gato, y a la vista del Valle de Temisa. ¡Qué plenitud en el paisaje, con el palmeral al fondo, mientras que, en la lontananza, el volcán de La Corona antoja un ara santa perfectamente recortada en el lienzo azul! Desde esta altura se ve, revestido por un auténtico rompecabezas de polígonos coloristas, al Valle de Temisa, desde cuyos fondos abismados ascienden las labrantías hasta las cumbres. Allá, retozando sol, se destaca el bíblico oasis de Haría, visión perfecta y encantadora, que hace revivir al país norteño como para que sea admirado con la devoción y la sorpresa prendidas en los ojos.

Sabido es que Las Peñas del Chache constituyen, con el Pico del Pioo, los dos más importantes baluartes que, por estas escarpaduras, miran al barranquillo del Chafarí y a la ensortijada tierra de Tabayesco, ondulosa y con grandes techniques megalíticos. El mar atlántico se ve inmenso por ambas costas insulares, en naciente azul y salpicado de puntos blancos, y en poniente negro, terriblemente negro e infinito. Vese asimismo, como soñado, el puertecito de Arrieta, y las cresterías de Punta Mujeres, con sus salinares de una albura que el sol hace relumbrar. Pero, por acá, se distingue la rada de Penedo y la magnífica playa de Famara, donde se inicia esa columna vertebral que cruza a la isla, cual si fuera un verdadero río de volanderas arenas.

Desde Las Peñas del Chache, traspuestos ya el cortijo de don Juan Feo y los roquedales de La Triguera, se llega a la corona del Pioo, enfrente de montaña

Temeja, y casi sobre la ermita de Las Nieves<sup>1</sup>, que se alza solitaria como un gran mojón de cal en medio de los pedregales y aulagas. La ermita de Las Nieves es una de las tantas que se hicieron en serie, a partir del siglo XVII, de idéntica planta, sin más valor arquitectónico que su relativa vetustez:

*«Tú resaltas en la Isla  
por tu límpida blancura;  
y en la noche aún más oscura  
sueles siempre destacar,  
y en los trances apurados,  
a los pobres marineros  
les indicas los senderos  
que conducen al hogar»<sup>2</sup>.*

La devoción a la Virgen de «La Montaña», que así se invocó primeramente a Nuestra Señora de Las Nieves, tuvo su origen en la aparición de la Virgen a cierto pastorcillo, según refiere, en el siglo XVIII, Fray Diego Henríquez, cuyo documento se conserva en el «Brithis Museum» de Londres y que recoge en una de sus obras Sebastián Jiménez Sánchez. Al parecer, la Virgen encomendó al zagal que transmitiese al pueblo y clérigos su deseo de que en «La Montaña» se le erigiera templo bajo la advocación de «Virgen de Las Nieves», según expresara al inocente pastor la propia Señora. El chico cumplió su encargo y las gentes de Lanzarote obedecieron el santo mandato, pero... al poco tiempo esa desaforada devoción se enfrió lo suficiente como para que la ermita llegara a un estado de semirruina, tal fue el abandono. Solamente se alzó contra esa mala desidia el Licenciado don Simón de Bethencourt que, contra viento y marea, reforzó las viejas paredes y restableció el techado, así como el pavimento, a base de lastrones labrados.

Cuenta este mismo Fray Diego Henríquez que en la ermita hubo dos imágenes de la Virgen de Las Nieves...: «y quan de la misma estatura de una vara de alto: la una de escultura y la otra de vestir, sin que aiga noticia o tradición alguna que pueda afirmar si alguna de las dos o cual dellas sea la que apareció al pastorcillo, quuando mandó se le hiziese allí iglesia».

Es una pena que no se hayan conservado las dos imágenes, pese a los agobios del Mayordomo de la ermita, que se vio emplazado por el Vicario y Juez Eclesiástico, así como por la Celestial Señora, para que devolviera una de las imágenes que había llevado a su casa, so pena de carestía de lluvias, por todo el mes de abril. Asustado el «pobre» Mayordomo, devolvió al templo la Virgen que poseía ante el temor de que sus tierras no recibieran el fresco rocío de la fecundación. Efectivamente, devuelta la sagrada imagen cayó abundante agua.



Entre los altos de Las Nieves, Montaña Temeja y Los Valichuelos, espejea el caserío de Los Valles de Santa Catalina, grandioso verdal que fue durante todo el siglo XVI residencia veraniega de los señores de Lanzarote<sup>3</sup>, cuyos vestigios se ven aún representados por casonas de la época, resguardadas por altas barbacanas y vistosos portalones rematados con calvarios de una sola cruz. La población se divide en «Valle de Arriba», que sube hacia las laderas del barranco de Tenguime, bordeando la carretera del norte, y en «Valle de Abajo», que es el núcleo principal, cuyas casas parecen brotar del pie casi circular de los declives formados por agrupaciones montuosas. Desde el Valle de Arriba se ven laderías de verdadero mito, llegándose a contar hasta diez tonos verdes, separables y distinguibles a simple vista; vése asimismo ocho marrones, y muchos otros colores que se asocian entre el gris, azul, amarillo y violeta. ¡El sol cae y transforma la acuarela! Un cielo despejado, límpido, puro totalmente.

El hombre de Los Valles de Santa Catalina es parsimonioso, y suele hablar con una paciencia que desespera y tortura por su melosidad. Son, empero, ágiles para el trabajo, cuyas excelencias bien expuestas andan por las pendientes y laderas de los altozanos, labrados éstos casi con arte. El hombre de Los Valles se levanta a las tres de la mañana para atender sus tierras paridoras, mientras las mujeres hacen guapuras y engordan en las humeantes cocinas haciendo potaje, talón de Aquiles, que duran tres o cuatro días, y que recalientan cada día, no sin añadirle un trozo de tocino por modificar el gusto. Los hombres, tenaces, nunca protestan, porque así interpretan la economía doméstica, adobando la maltratada comida con sendos pedazos de tollos, o con la sabrosa menudencia de burgados en vinagre.

En los Valles de Santa Catalina hubo un tipo curioso y comilón, aunque no hiciera al día sino una sola comida, durante la cual engullía un kilo de queso, otro de fruta pasa, y una palanganita de leche, a la que añadía de diez a doce tapas de bizcocho. Después se dormía en cualesquier lugar. Una vez un guirre casi le salta un ojo porque lo consideró carroña tendida al descampado, y en otra ocasión una sabandija le puso huevos en la faltriquera durante uno de sus tremendos letargos.

Hace poco la crónica de sucesos dio cuenta de la muerte de un hombre dentro del pozo único que tiene Los Valles, pozo que causó legítimo alboroto el 30 de octubre de 1927, cuando las acciones subieron a mil pesetas por haberse demostrado que la «Comunidad La Salvación» alcanzó en su aljibe una altura de agua potable de 4,50 metros. Este pozo, desde entonces, se abastece a sí mismo, sin subir jamás del nivel primitivo, por lo que se le supone un desagüe no previsto y que debe dar a subterráneas cavernas colindantes. Pero, volvamos al negro suceso que, aparte el estropicio del agua, puso de relieve el gran apego que tiene la gente de Los Valles a la superstición, en particular, a cuantos asertos se relacionen con el pro y el contra de las leyes del amor. La cosa fue así: el hombre andaba



enamoriscado de una prima suya, pero ésta se negaba a verlo, y menos a quererlo, corriendo el bulo maligno de que alguien la había maleficiado para que aborreciera al mozo. Este individuo, analfabeto de cabo a rabo, se preparó una bestia para irse a Guatiza con el fin de consultar la magia albinegra de aquel pueblo, pero tal viaje no se realizó porque se ahogó... o se suicidó, convencido de que nadie ni nada podrían vencer a las fuerzas maléficas que alejaron sin piedad a su tierna pariente, aunque fuera verdad que la chica no lo quisiera un ápice y a él le hicieran ver lo contrario para esquilmar su bolsillo primero, y después su salud, y su vida al fin.

La ermita de Santa Catalina está al borde de la carretera del norte, fabricada allí porque en 1730 los 42 habitantes del viejo poblado de Santa Catalina, entonces sepultado por las corrientes de lava, depositaron en dicho lugar a la imagen sagrada milagrosamente de la espantosa catástrofe que destruyó el primitivo templo ubicado muy cerca de Los Miraderos, entre Pico Partido y la montaña de Rodeos. La actual ermita carece de valor, pero guarda una preciosa talla de madera olorosa de mucho mérito artístico, del siglo XVI, y que representa a la Inmaculada.

Los Valles de Santa Catalina son famosos por ser cuna de expertos luchadores. Es célebre la noticia acerca del desafío que, en 1896, hizo Santiago, el majorero, al fornido atleta de Los Valles, Mamerto Pérez. Al parecer, aquel luchador no tenía contrario en la «Vuelta Abajo», de donde era, y decidió medirse con el campeón de la «Vuelta Arriba», o sea, con Mamerto. Salió Santiago muy de madrugada campo a través, recalando por Masdache, en dirección a Mozaga, pasando luego por los jables de la Real Villa, incansable, hasta dar vista a la derruida ermita de San José, acá de Cerro Terroso, desde donde inicia un paso lento para llegar fresco y dispuesto a la «pega» si el desafío fuera aceptado. Escalada ya la cuesta de Manguia, Santiago, el majorero, algo nervioso y sofocado, ve a Los Valles presididos por una casona señorial, flanqueada por altos pinos y árboles diversos. Es ya casi mediodía, y en Los Valles la vida está, con palpable lentitud, congozando de un clima y de un sol en extremo benignos. Los pajarillos saltan de aquí acullá, y los dromedarios tabletean las lenguas como invocando a las camélidas afanosas tras el yugo. Santiago baja la cuesta y se encamina a casa de Mamerto Pérez, y le recibe la hermana de éste, guapetona y fornida para no menoscabar la casta. Desde el patio pregunta el anciano padre de familia que quién es. María Pérez dice que viene Santiago, el majorero, en busca de «Merto». Se rió cuanto quiso el viejo, pero volviéndose para su hija, con la mayor solemnidad, ordenóla: «Si «Merto» no está, «pega» tú con ése, pa que no pierda el viaje». Como es natural, Santiago encajó la ofensa más grave de toda su vida deportiva, pero se aficionó a María Pérez, casándose con ella. De este hercúleo matrimonio salió el famoso luchador Ulpiano, gran maestro después del no menos célebre Pollo de Uga, recién fallecido, y que tanta gloria diera a la lucha canaria.

1. En los archivos de la Catedral Basílica de Las Palmas existe un comunicado del párroco de Teguiise al Obispo de la diócesis (¿1852?), en el que da cuenta de la nevada última caída sobre las inmediaciones de la ermita de Las Nieves. Dato éste curioso, ya que sucesos de esta índole son totalmente infrecuentes en la isla, no habiendo otras noticias que de otras nevadas den fe.
2. Fragmento del poema de Leopoldo Díaz Suárez: «Ermita de Las Nieves».
3. En 1710 heredaba la casa solariega de los Herrera-Peraza, en Los Valles de Santa Catalina, el que luego sería Coronel de las Milicias, don Rodrigo Peraza.